

CAPÍTULO XVIII

—Cansada —dijo Scylla mientras se cambiaba de vestido y deteniéndose a mirar al bosque—. Cansada de tu desdichada belleza, tus filigranas de luz en una hoja.

—Aburrido —dijo Picus, que había ido a buscar a Clarence y lo echaba de menos. Y quería decir triste. Y Clarence, mientras echaba una mano a Nanna para despellejar los conejos que había cazado, se miró las manos llenas de sangre.

—Supongo que tengo el corazón roto y estos desdichados sentimientos se colaron por los agujeros.

—Solo —dijo Felix—. Cuando me marche será igual.

Sólo Ross se abrazaba a su propia soledad, pensando en la forma de cada cosa que dibujaba, hasta que la tierra pareció una creciente quietud, hecha de innumerables tranquilidades, en eterno movimiento, en eterno descanso.

Por desgracia, los habitantes de la casa no se comportaban así. ¿Una visión orgánica de Felix, por ejemplo? Maldecía el escenario: sabía que lo había tratado sin imaginación. Además, el muchacho debería lucir su «alegre librea de juventud» ante una audiencia más vivaz que las colinas y el mar.

Y había más cosas además de las trapisondas de Picus, la vida desarrollándose como el despliegue de una escena. Un biombo lacado interminable que se plegaba y se desplegaba y cuyos dibujos iban cambiando. Era suficiente para Ross saber que había dibujo y aprovechar el detalle, siendo un hombre que se contentaba con lo tangible, pieza a pieza, para quien ningún objeto individual era tonto. Pensaba en la ladrillez de

un ladrillo hasta que sentía que lo abarcaba plenamente, no de lado a lado ni de dos en dos o en tres, sino cada migaja, y cada migaja reducida a su construcción molecular, hasta que el ladrillo dejaba de ser un cubo y podía ser fácilmente modificado. Y la única oración a la que condescendía era para que Scylla mantuviera la cabeza fría ante la histeria general. Luego salió del estudio y se unió al grupo, que volvía a reunirse lentamente sobre el césped. Todos menos Felix. Carston no sabía cómo tomarse a Picus, que no parecía nada afligido y se había puesto a contarles una historia sobre la esposa de un párroco.

—Así que me tejí un jersey a cuadros, y era un dolor. Y me tumbé sobre la hierba y les pedí a un coadjutor y a otro coadjutor que jugaran al ajedrez sobre mi espalda. Y encontré unas orugas e hice que hicieran el amor.

—No lo hacen —dijo Ross—. Son las mariposas.

—Éstas sí. Y el primer coadjutor hizo jaque con el alfil blanco, y yo dejé de disfrutar, y me levanté y me fui a tomar el té, y había una fiesta, y yo dejé de pensar.

—¿Tú cuándo piensas?

—Nunca.

—Ojalá lo hubieras hecho —dijo Scylla— en vez de dejar que el asunto de esta mañana cayera sobre nosotros. ¿Por qué lo hiciste?

Todos esperaban su respuesta. Llegó.

—Ocúpate de tus asuntos. —Como un chico malo. Y luego—: Fue mi madre a la que condujeron a la muerte.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Ross—. Empeña la colección de tu padre. Tírala al mar, pero no...

—¿No qué? —dijo Picus.

Salió Felix.

—Esto es lo que queda de tu maldito libro. Nanna lo sacó del fuego. —Ross lo abrió con delicadeza y sin miedo de tiznarse, y fue pasando las páginas del medio, que el fuego no había encrespado. Se sorprendió.

—Mirad esto. —El libro estaba abierto en una fotografía a página completa de la copa. El pie de foto decía: *Lámina 17.*

Cáliz inglés primitivo. De la colección del señor Christopher Tracy.

Cuando sacaron la copa del cajón y la fueron pasando de mano en mano, Carston percibió la mirada jubilosa de Picus, ausente de ansiedad aliviada, ni demasiado eufórica ni siquiera demasiado absorta.

—Picus —dijo Ross—, por decencia elemental, cuéntenos lo que sabes.

—Ahora que me han preguntado, escuchad. Me llevé la copa. Mi madre y yo solíamos fantasear con ella. No fue esta vez, sino cuando estuve en Tollerdown la pasada primavera. El pozo rebosaba y la saqué para beber con ella, y se me resbaló de los dedos como un pez. No la pude sacar en ese momento y no quería que Clarence montase un escándalo. Él no sabía nada. Una vez perdida, me pregunté lo que era, y esta vez le dije a mi padre que no la había visto últimamente, y algo que dijo me puso tras ese libro. Así que lo dejé correr para ver qué ocurría. Y Felix la pescó con la lanza de Clarence. Puede haber venido de la India. Quizá la puta que mató a mi madre la usara. Al viejo le convenía decir que era un cáliz eclesiástico y contaros que era una copa antiveneno. Ha vivido mucho tiempo en la India y su mejor amigo es archidiácono. Eso es todo lo que sé. Oh, sí, me acurruqué detrás de un hormiguero en el risco de Hangar cuando Carston se dejó caer allí. Y dejé la copa en su cuarto para enseñarle que las hormigas no muerden y darle algo más que pensar. Oh, sí, le hice el amor a Scylla porque es adorable, y normalmente tengo miedo a las mujeres. Y...

—Ya está bien... —dijo Ross.

Era una gran bendición que el viejo se hubiera encargado de poner las mentiras. Deja la falsedad en el rincón más apartado. A los rincones apartados es más difícil llegar. Pero lo que necesitaban ahora era que la inteligencia de Picus fuera restaurada.

—A mí me parece —dijo Carston— que la historia de su padre era una mentira porque quería que le devolviesen el libro.

—Confíad en Nanna —dijo Scylla jovialmente—, ella no apagaría el fuego de la cocina.

—El fuego de la cocina, tenlo en cuenta —dijo Felix súbitamente interesado de nuevo.

Hestia es una antigua diosa; creo que tenía un nombre escrito bajo su altar que ni siquiera los romanos debían de conocer. Y en su caso, sus vidas, la savia de sus cuerpos se nutría en el fuego de Nanna. Allí el mar burbujeaba en mantequilla, la carne chorreaba su jugo rojo, las aves se troceaban en pedazos blancos. A su alrededor las lechugas centelleaban, las raíces del bosque hervían, viejas hierbas aromatizaban el lugar, el vino goteaba como rocío, y Nanna era quizá la única persona inequívocamente amada.

Los lloriqueos que la rodeaban: «Nanna, tengo hambre», «Nanna, tengo catarro», «Nanna, me han salido ampollas en el talón», «Nanna, ¿dónde están los botones de mi chaleco blanco?». Nanna, a quien gustaban los cigarrillos y las medias de seda, que no tenía aparatos que le ahorrasen trabajo, con el pelo recogido en un moño como una vieja gitana y su lengua suelta. Los tenía a todos alrededor del rincón. Sin embargo, una mentira es más difícil de rastrear a tres condados de distancia.

—Estamos donde estábamos —dijo Felix—, en la Completa Extrañeza.

También, como Carston percibió, en el completo aburrimiento. La aventura de la copa había sucedido. Había sido complicada, violenta, poco convincente. Ahora sería demasiado problemático molestarse en buscar más problemas. Una nueva serie de falsedades o hechos «inquebrantables, irreductibles». No había muchas opciones y serían difíciles de encontrar. A tres condados de distancia. Como si estuvieran juntos en una sala y algo hubiera pasado y hubiera dejado rastros demasiado claros para ser tan invisible, y los hubiera dejado solos con pesares privados y recuerdos acelerados. Algo que, de volver, entraría por una puerta distinta. Picus, estimulado por la historia de su madre, víctima de estupideces sociales victorianas a una edad menos agradable y más remota que la que produjo cálices y complicadas biografías de personajes públicos como Huon de Burdeos, hijo de Julio César y del hada Morgana.

Estaban hartos del asunto, lo veía, hasta que se abriese otra puerta. Eso cuando su propio interés se había despertado realmente por primera vez. El asunto estaba más o menos a la intemperie. Novedades. Una historia. Quería averiguar exactamente qué era lo que el señor Tracy había tramado. Si ellos estaban dispuestos a dejarlo correr hasta que algo más ocurriese, él no; anticipando el glorioso momento sin fecha en que aparecería ante ellos con la historia completa. Entregarles la psicología completa del viejo señor Tracy. Una nueva filosofía, una fortuna: la copa del santo Grial. No tenía intención de dejarlo ahora.

Entonces un sonido que era casi «servicio» resonó en su mente. No público o personal o avanzado, o en relación con los «exigentes hombres de la YMCA». Ni siquiera para resultados; podría no haber resultados. Mientras el concepto crecía, fortificándose como una copa de vino *à point*, vio un acercamiento a Scylla, sin relación con la posesión o con la reacción de ella. Lo que ella no tenía con aquellos *condottieri* desempleados, sus pares. Lo que él debía hacer por ella, y ella no era una zorra americana mimada.

Inmediatamente, se adentró en otro mundo, el mundo de todos y el suyo propio. En su forma más grande, más ligera, más libre. Nunca antes había estado allí. Siempre había estado allí. Siempre estaría allí, nunca el mismo hombre aprensivo, dotado, desarraigado. Ignorando a sus huéspedes, la tentó con otro trozo de tarta y sugirió que era su turno para ir a buscar el pescado para la noche.

—Iremos juntos —dijo ella—. Un paseo me hará bien.